CELEBRACIONES DOMINICALES
EN
AUSENCIA DEL PRESBÍTERO

CUARESMA
CICLO B

ORDEN DE LA CELEBRACIÓN

RITOS INICIALES

Mientras la asamblea canta, el ministro laico desde el lugar que le corresponde (sin besar el altar ni sentarse en la sede), hace la señal de la cruz y saluda a los presentes diciendo:

En el nombre del Padre, y del Hijo,

y del Espíritu Santo.

El pueblo responde:

Amén.

SALUDO AL PUEBLO CONGREGADO

2. Seguidamente, el ministro laico dice:

Hermanos, bendecid al Señor, que nos (o bien: os) invita benignamente a la mesa de su Palabra y del Cuerpo de Cristo.

El pueblo responde:

Bendito seas por siempre Señor.

Seguidamente se hace la monición de entrada que se encuentra en el tiempo correspondiente.

Acto penitencial

5. A continuación se hace el Acto penitencial tal como está en el domingo correspondiente.

6. Seguidamente el ministro laico, con las manos juntas, dice:

Oremos.
Y todos oran en silencio durante unos momentos.
Luego dice la oración colecta del tiempo correspondiente.

La colecta termina siempre con la conclusión larga:

Si la oración se dirige al Padre:

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.
Si la oración se dirige al Padre, pero al final de ella se menciona al Hijo:
Él, que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.
Si la oración se dirige al Hijo:
Tú que vives y reinas con el Padre

en la unidad del Espíritu Santo y eres Dios
por los siglos de los siglos.
Al final de la oración el pueblo aclama:

Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

7. El lector va al ambón y lee la primera lectura, que todos escuchan sentados.

Para indicar el final de la lectura, el lector aclama:

Palabra de Dios.
Todos responden:
Te alabamos. Señor.
8. El salmo es cantado o recitado por el salmista o cantor, y el pueblo intercala la respuesta, a no ser que el salmo se diga seguido sin estribillo del pueblo.
9. Si hay segunda lectura, se lee en el ambón, como la primera.

Para indicar el final de la lectura, el lector aclama:

Palabra de Dios.
Todos responden:

Te alabamos, Señor.

Para utilidad de los fíeles, en lugar del símbolo niceno-constantinopolitano, la profesión de fe se puede hacer, especialmente en el tiempo de Cuaresma y en la Cincuentena pascual, con el siguiente símbolo bautismal de la Iglesia Romana llamado «de los Apóstoles»:

Creo en Dios, Padre todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra.
Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,
En las palabras que siguen,
hasta María Virgen, todos se inclinan.
que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo,
nació de santa María Virgen,
padeció bajo el poder de Poncio Pilato,
fue crucificado, muerto y sepultado,
descendió a los infiernos,
al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos
y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso.
Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica,
la comunión de los santos, el perdón de los pecados,
la resurrección de la carne y la vida eterna.

Amén.

17. Después se hace la plegaria universal u oración de los fieles, que se desarrolla de la siguiente forma:

Invitatorio

El ministro laico invita a los fieles a orar, por medio de una breve monición.

Intenciones

Las intenciones son propuestas por un lector o por otra persona idónea.

El pueblo manifiesta su participación con una invocación u orando en silencio.

La sucesión de intenciones ordinariamente debe ser la siguiente:

a) por las necesidades de la Iglesia;

b) por los gobernantes y por la salvación del mundo entero;

c) por aquellos que se encuentran en necesidades particulares;

d) por la comunidad local.

Conclusión

El ministro laico termina la plegaria común con una oración conclusiva.

RITO DE LA COMUNIÓN

15. Concluida la oración de los fieles, el ministro laico se acerca al sagrario y, una vez abierto, hace genuflexión ante el Santísimo Sacramento; colocándolo encima del altar dice:

Fieles a la recomendación del Salvador
y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:
O bien:

Llenos de alegría por ser hijos de Dios,
digamos confiadamente
la oración que Cristo nos enseñó:
O bien:

El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones
con el Espíritu Santo que se nos ha dado;
digamos con fe y esperanza:
O bien:

Antes de participar en el banquete de la Eucaristía,
signo de reconciliación y vínculo de unión fraterna,
oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:
Y, junto con el pueblo, continúa:

Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

16. Luego, si se juzga oportuno, añade:

Démonos fraternalmente la paz.

O bien:

Como hijos de Dios, intercambiemos ahora
un signo de comunión fraterna.

O bien:

En Cristo, que nos ha hecho hermanos con su cruz,
démonos la paz como signo de reconciliación.

O bien:

En el Espíritu de Cristo resucitado,
démonos fraternalmente la paz.

Y todos, según la costumbre del lugar, se dan la paz.

17. El ministro laico hace genuflexión, toma el pan consagrado y, sosteniéndolo un poco elevado sobre la patena, lo muestra al pueblo, diciendo:

Éste es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

Y, juntamente con el pueblo, añade:

Señor, no soy digno
de que entres en mi casa,
pero una palabra tuya
bastará para sanarme.

18. El ministro laico dice en secreto:

El Cuerpo de Cristo me guarde para la vida eterna.
Y comulga reverentemente el Cuerpo de Cristo.

19. Después toma la patena o la píxide, se acerca a los que quieren comulgar y les presenta el pan consagrado, que sostiene un poco elevado, diciendo a cada uno de ellos:

El Cuerpo de Cristo.
El que va a comulgar responde:

Amén.

Y comulga.

20. Cuando el ministro laico comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión.

21. Acabada la comunión, el ministro laico devuelve el Santísimo Sacramento al sagrario y, antes de cerrarlo, se arrodilla.

22. Después vuelve a su sitio. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo, un cántico de alabanza o un himno.

23. Luego, de pie en su sitio o en el altar, dice la oración para después de la comunión que encontrará en el tiempo correspondiente:

Oremos.
Y todos oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

24. Después dice la oración después de la comunión.

La oración después de la comunión termina con la conclusión breve.

Si la oración se dirige al Padre:

Por Jesucristo, nuestro Señor.
Si la oración se dirige al Padre, pero al final de la misma se

menciona al Hijo:

Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Si la oración se dirige al Hijo:

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

El pueblo aclama:

Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

25. En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

26. Después tiene lugar la despedida. El ministro laico dice:

El Señor bendiga,
nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.

El pueblo responde:

Amén.

27. Luego, con las manos juntas, despide al pueblo con una de las fórmulas siguientes:

Podemos ir en paz.

O bien:

La alegría del Señor sea nuestra fuerza.

Podemos ir en paz.

O bien:

Glorifiquemos al Señor con nuestra vida.

Podemos ir en paz.

O bien:

En el nombre del Señor, podemos ir en paz.

O bien, especialmente en los domingos de Pascua:

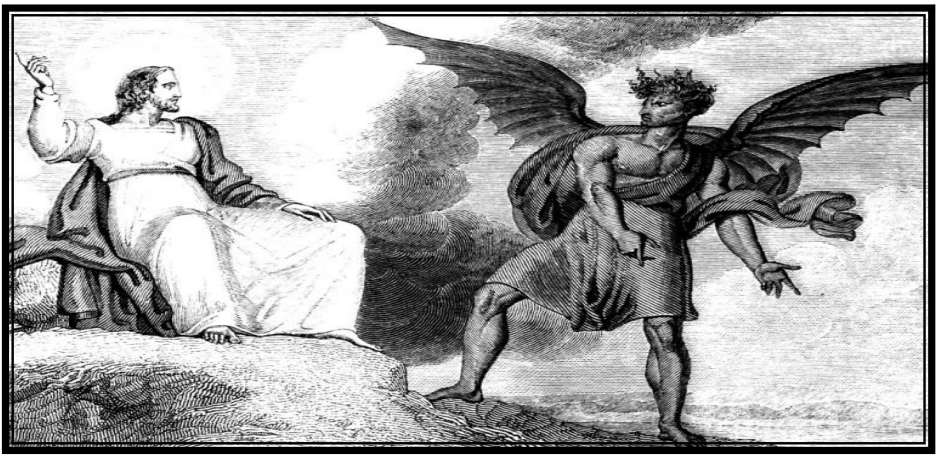
Anunciemos a todos la alegría del Señor resucitado.

Podemos ir en paz.

El pueblo responde:

Demos gracias a Dios.

28. Después hecha la debida reverencia se retira.



Domingo I de Cuaresma

Monición de entrada

El pasado miércoles, miércoles de ceniza, iniciábamos la Cuaresma, el camino hacia la Pascua; un tiempo importante en nuestra vida cristiana. En el se nos invita a ir tras las huellas de Jesucristo, a seguirlo más de cerca en la escucha de su Palabra. Un tiempo que nos pide que convirtamos nuestro corazón y nuestras vidas, para poder celebrar verdaderamente la Pascua.

Por eso al comenzar la celebración de la Palabra de este primer domingo de Cuaresma, miramos hacia nuestro interior, reflexionando sobre nuestra vida, y pedimos perdón a Dios por nuestros pecados.

Se hace un breve silencio, luego se continúa diciendo:

Yo confieso ante Dios Todopoderoso

y ante vosotros, hermanos,
que he pecado mucho
de pensamiento, palabra, obra y omisión,
por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.
Por eso ruego a Santa María, siempre Virgen,
a los ángeles, a los santos y a vosotros, hermanos,
que intercedáis por mí ante Dios, nuestro Señor.
Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

℟.Amén.

Siguen las siguientes invocaciones.
Señor, ten piedad. ℟.**Señor, ten piedad.**
Cristo, ten piedad. ℟.**Cristo, ten piedad.**
Señor ten piedad. ℟.**Señor, ten piedad.**

No se dice Gloria

Oración colecta

Oremos

Se hace una breve pausa.

Dios todopoderoso,
por medio de las prácticas anuales
del sacramento cuaresmal

concédenos progresar
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Sigue la proclamación de la palabra de Dios que se hará en el ambón y del leccionario correspondiente.

Homilía

La Cuaresma es el tiempo propicio para hacer espacio a la Palabra de Dios. Es el tiempo de apagar la televisión y abrir la Biblia. Es el momento para desconectarnos del móvil y conectarnos al Evangelio. Es el tiempo para renunciar a palabras inútiles, habladurías, rumores, chismes, y hablar y hablar de "tú" al Señor. Es el tiempo para dedicarse a una sana ecología del corazón, hacer limpieza ahí. Vivimos en un ambiente contaminado por demasiada violencia verbal, por tantas palabras ofensivas y nocivas, que la red amplifica. Hoy se insulta como si se dijese "Buenos días". Estamos sumergidos en palabras vacías, en publicidad, en mensajes furtivos. Estamos acostumbrados a escuchar de todo sobre todos y nos arriesgamos a resbalar en una mundani-

dad que nos atrofia el corazón y no hay un bypass para curar esto, sólo el silencio. Nos cuesta trabajo distinguir la voz del Señor que nos habla, la voz de la conciencia, la voz del bien. Jesús, llamándonos al desierto, nos invita a escuchar lo que importa, lo importante, lo esencial. Al diablo que lo tentaba le respondió: *«No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios»* (Mt 4, 4). Como el pan, más que el pan necesitamos la Palabra de Dios, nos sirve para hablar con Dios: nos sirve orar. Porque solo ante Dios salen a la luz las inclinaciones del corazón y caen los dobleces del alma. Aquí está el desierto, lugar de vida, no de muerte, porque dialogar en el silencio con el Señor nos da de nuevo la vida.

El desierto es el lugar de lo esencial. Miremos nuestras vidas: ¡cuántas cosas inútiles nos rodean! Perseguimos mil cosas que parecen necesarias y en realidad no lo son. ¡Cuánto bien nos haría liberarnos de tantas realidades superfluas, para redescubrir lo que importa, para reencontrar los rostros de quien está a nuestro lado! Jesús también nos da el ejemplo, ayunando. Ayunar es saber renunciar a las cosas vanas, a lo superfluo, para ir a lo esencial. Ayunar no es solo para perder peso, ayunar es ir precisamente a lo esencial, es buscar la belleza de una vida más sencilla.

El desierto, finalmente, es el lugar de la soledad. Incluso hoy, cerca de nosotros, hay muchos desiertos. Son las

personas solitarias y abandonadas. ¡Cuántos pobres y ancianos están a nuestro lado y viven en el silencio, sin hacer ruido, marginados y descartados! Hablar de ellos no da audiencia. Pero el desierto nos lleva a ellos, a cuantos, silenciados, piden en silencio nuestra ayuda. Tantas miradas silenciosas que piden nuestra ayuda. El camino en el desierto cuaresmal es un camino de caridad hacia los más débiles. Oración, ayuno, obras de misericordia: este es el camino en el desierto cuaresmal.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Presentemos nuestras súplicas al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, cuya ternura y misericordia es eterna, y pidámosle que no abandone la obra de sus manos.

1. Por la Iglesia, empujada por el Espíritu al desierto de la Cuaresma; para que se vea fortalecida en la lucha contra las fuerzas del mal. **Roguemos al Señor.**

2. Por los jóvenes; para que el Señor suscite en ellos el deseo de seguirlo con radicalidad, sin egoísmos ni mediocridad. **Roguemos al Señor.**

3. Por nuestros gobernantes; para que procuren conservar la creación que Dios ha entregado a todos los hombres.

Roguemos al Señor.

4. Por los pecadores; para que puedan escuchar la palabra de aliento que necesitan y agarrarse a la mano amiga que los levante. **Roguemos al Señor.**

5. Por nosotros, aquí reunidos; para que podamos vivir la experiencia del encuentro con Dios en Cristo, creamos y nos convirtamos sinceramente. **Roguemos al Señor.**

Señor Dios, paciente y misericordioso, escucha nuestras súplicas y prepara nuestros corazones a escuchar a tu Hijo amado, para que, por medio de estos días de penitencia, alcancemos una verdadera conversión del corazón y renovemos nuestra alianza contigo.

Por Jesucristo nuestro Señor.

Se inicia el rito de la comunión pg. 8

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

Se hace una breve pausa.

Después de recibir el pan del cielo
que alimenta la fe,
consolida la esperanza y fortalece el amor,

te rogamos, Señor,
que nos hagas sentir hambre de Cristo,
pan vivo y verdadero,
y nos enseñes a vivir constantemente
de toda palabra que sale de tu boca.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

℟ Amén.

Rito de conclusión pg. 12

II DOMINGO DE CUARESMA

Monición de entrada

La Cuaresma viene a ser como un resumen de toda la vida cristiana que es búsqueda de Dios: *Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro*. Dios se manifiesta en Jesús, quien a su vez nos descubre y nos conduce hacia el Padre. Por Él, que es la Palabra, nos llega su Palabra, que recibimos en una actitud de escucha: *Este es mi hijo… escuchadle.* Por eso, nos purificamos de nuestro pecados, al inicio de esta celebración santa.

Se hace un breve silencio, luego se continúa diciendo:

Yo confieso ante Dios Todopoderoso
y ante vosotros, hermanos, que he pecado mucho
de pensamiento, palabra, obra y omisión,
por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.
Por eso ruego a Santa María, siempre Virgen,
a los ángeles, a los santos y a vosotros, hermanos,
que intercedáis por mí ante Dios, nuestro Señor.

Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

℟.Amén.

Siguen las siguientes invocaciones.

Señor, ten piedad. ℟.**Señor, ten piedad.**

Cristo, ten piedad. ℟.**Cristo, ten piedad.**

Señor ten piedad. ℟.**Señor, ten piedad.**

No se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos

Se hace una breve pausa.

Oh, Dios, que nos has mandado escuchar a tu Hijo amado, alimenta nuestro espíritu con tu palabra; para que, con mirada limpia,
contemplemos gozosos la gloria de tu rostro.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

℟.Amén.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía.

El Evangelio hoy, segundo domingo de Cuaresma, nos invita a contemplar la transfiguración de Jesús (cf. Marcos 9, 2-10).

Este episodio está ligado a lo que sucedió seis días antes, cuando Jesús había desvelado a sus discípulos que en Jerusalén debería *«sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado y resucitado a los tres días»* (Marcos 8, 31).

Este anuncio había puesto en crisis a Pedro y a todo el grupo de discípulos, que rechazaban la idea de que Jesús terminara rechazado por los jefes del pueblo y después matado.

Ellos, de hecho, esperaban a un Mesías poderoso, fuerte, dominador; en cambio, Jesús se presenta como humilde, como manso, siervo de Dios, siervo de los hombres, que deberá entregar su vida en sacrificio, pasando por el camino de la persecución, del sufrimiento y de la muerte.

Pero, ¿cómo poder seguir a un Maestro y Mesías cuya vivencia terrenal terminaría de ese modo? Así pensaban ellos. Y la respuesta llega precisamente de la transfiguración. ¿Qué es la transfiguración de Jesús? Es una aparición pascual anticipada.

Jesús toma consigo a los tres discípulos Pedro, Santiago y Juan y *«los lleva, a ellos solos, a parte, a un monte alto»* (Marcos 9, 2); y allí, por un momento, les muestra su gloria, gloria de Hijo de Dios.

Este evento de la transfiguración permite así a los discípulos afrontar la pasión de Jesús de un modo positivo, sin ser arrastrados. Lo vieron como será después de la pasión, glorioso.

Y así Jesús les prepara para la prueba. La transfiguración ayuda a los discípulos, y también a nosotros, a entender que la pasión de Cristo es un misterio de sufrimiento, pero es sobre todo un regalo de amor, de amor infinito por parte de Jesús.

El evento de Jesús transfigurándose sobre el monte nos hace entender mejor también su resurrección. Para entender el misterio de la cruz es necesario saber con antelación que el que sufre y que es glorificado no es solamente un hombre, sino el Hijo de Dios, que con su amor fiel hasta la

muerte nos ha salvado. El padre renueva así su declaración mesiánica sobre el Hijo, ya hecha en la orilla del Jordán después del bautismo y exhorta: *«Escuchadle»* (v. 7).

Los discípulos están llamados a seguir al Maestro con confianza, con esperanza, a pesar de su muerte; la divinidad de Jesús debe manifestarse precisamente en la cruz, precisamente en su morir *«de aquel modo»*, tanto que el evangelista Marcos pone en la boca del centurión la profesión de fe: *«Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios»* (15, 39). Nos dirigimos ahora en oración a la Virgen María, la criatura humana transfigurada interiormente por la gracia de Cristo. Nos encomendamos confiados a su maternal ayuda para proseguir con fe y generosidad el camino de la Cuaresma.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Presentemos ahora nuestras oraciones con la confianza puesta en la bondad de Dios Padre, que nos ha enviado a su Hijo como nuevo Moisés.

1. Para que la gracia de Dios brille sobre la Iglesia y la transfigure. **Roguemos al Señor.**

2. Para que los que han sido ungidos por el Espíritu y sirven a su pueblo escuchen la Palabra de Dios y la hagan vida.

Roguemos al Señor.

3. Para que la gracia de Dios brille sobre los pueblos marginados y la esperanza los transfigure. **Roguemos al Señor.**

4. Para que la gracia de Dios brille sobre los hombres que viven sometidos al pecado y los transfigure.

Roguemos al Señor.

5. Para que la gracia de Dios brille sobre nosotros y la promesa de la Pascua nos transfigure. **Roguemos al Señor.**

Señor, Padre Santo,
escucha nuestras súplicas y fortalécenos
en la obediencia a la fe, para que,
siguiendo en todo las huellas de Jesucristo,
seamos transfigurados con Él a la luz de tu gloria.
Por Jesucristo nuestro Señor.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

Se hace una breve pausa.

Te damos gracias, Señor, porque,
al participar en estos gloriosos misterios,
nos haces recibir ya en este mundo,
los bienes eternos del cielo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rito de conclusión pg. 18

III DOMINGO DE CUARESMA

Monición de entrada

La marcha cuaresmal tiene un punto de partida, nuestra condición de pecadores: *estamos hundidos bajo el peso de nuestras culpas*. Por eso la entrada en la liturgia de este domingo, la hacemos con una oración de confianza en la misericordia de Dios: *Tengo los ojos puestos en el Señor, el sacará mi pies de la red* de nuestros pecados que ahora reconocemos en su presencia para poder escuchar su palabra que siempre salva. Pero pedimos también perdón al Padre de la misericordia y origen de todo bien el don de la reconciliación.

Se hace un breve silencio. Luego se dice:

Yo confieso ante Dios Todopoderoso
y ante vosotros, hermanos, que he pecado mucho
de pensamiento, palabra, obra y omisión,
por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.
Por eso ruego a Santa María, siempre Virgen,

a los ángeles, a los santos y a vosotros, hermanos,
que intercedáis por mí ante Dios, nuestro Señor.

Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

℟.Amén

Siguen las siguientes invocaciones.

Señor, ten piedad. ℟.**Señor, ten piedad.**
Cristo, ten piedad. ℟.**Cristo, ten piedad.**
Señor ten piedad. ℟.**Señor, ten piedad.**

No se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos

Se hace una breve pausa.

Oh, Dios, autor de toda misericordia y bondad,
que aceptas el ayuno, la oración y la limosna
como remedio de nuestros pecados,
mira con amor el reconocimiento
de nuestra pequeñez y levanta
con tu misericordia
a los que nos sentimos abatidos por nuestra conciencia.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo

que contigo vive y reina en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

℟.Amén

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

En este pasaje del Evangelio que hemos escuchado, hay dos cosas que me impresionan: una imagen y una palabra.

La imagen es la de Jesús con el látigo en la mano que echa fuera a todos los que aprovechaban el Templo para hacer negocios. Estos comerciantes que vendían los animales para los sacrificios, cambiaban las monedas... Estaba lo sagrado —el templo, sagrado— y esto sucio, afuera. Esta es la imagen. Y Jesús toma el látigo y procede, para limpiar un poco el Templo.

Y la frase, la palabra, está ahí donde se dice que mucha gente creía en Él, una frase terrible: *«Pero Jesús no se confiaba a ellos, porque los conocía a todos, y no necesitaba el testimonio de nadie sobre un hombre, porque Él sabía lo que hay dentro de cada hombre»* (*Jn* 2, 24-25).

Nosotros no podemos engañar a Jesús: Él nos conoce por dentro. No se fiaba. Él, Jesús, no se fiaba. Y esta puede

ser una buena pregunta en la mitad de la Cuaresma: ¿Puede fiarse Jesús de mí? ¿Puede fiarse Jesús de mí, o tengo una doble cara? ¿Me presento como católico, como uno cercano a la Iglesia, y luego vivo como un pagano? «Pero Jesús no lo sabe, nadie va a contárselo». Él lo sabe. «Él no tenía necesidad de que alguien diese testimonio; Él, en efecto, conocía lo que había en el hombre». Jesús conoce todo lo que está dentro de nuestro corazón: no podemos engañar a Jesús. No podemos, ante Él, aparentar ser santos, y cerrar los ojos, actuar así, y luego llevar una vida que no es la que Él quiere. Y Él lo sabe. Y todos sabemos el nombre que Jesús daba a estos con doble cara: hipócritas.

Nos hará bien, hoy, entrar en nuestro corazón y mirar a Jesús. Decirle: *«Señor, mira, hay cosas buenas, pero también hay cosas no buenas. Jesús, ¿te fías de mí? Soy pecador...»*. Esto no asusta a Jesús. Si tú le dices: *«Soy un pecador»,* no se asusta. Lo que a Él lo aleja es la doble cara: mostrarse justo para cubrir el pecado oculto. *«Pero yo voy a la iglesia, todos los domingos, y yo...».* Sí, podemos decir todo esto. Pero si tu corazón no es justo, si tú no vives la justicia, si tú no amas a los

que necesitan amor, si tú no vives según el espíritu de las bienaventuranzas, no eres católico. Eres hipócrita. Primero: ¿Puede Jesús fiarse de mí? En la oración, preguntémosle: Señor, ¿Tú te fías de mí?

Segundo, el gesto. Cuando entramos en nuestro corazón, encontramos cosas que no funcionan, que no están bien, como Jesús encontró en el Templo esa suciedad del comercio, de los vendedores. También dentro de nosotros hay suciedad, hay pecados de egoísmo, de soberbia, de orgullo, de codicia, de envidia, de celos... ¡tantos pecados! Podemos incluso continuar el diálogo con Jesús: «*Jesús, ¿Tú te fías de mí? Yo quiero que Tú te fíes de mí. Entonces te abro la puerta y tú limpia mi alma»*. Y pedir al Señor que así como limpió el Templo, venga a limpiar el alma. E imaginamos que Él viene con un látigo de cuerdas... No, con eso no limpia el alma. ¿Vosotros sabéis cuál es el látigo de Jesús para limpiar nuestra alma? La misericordia. Abrid el corazón a la misericordia de Jesús. Decid: *«Jesús, mira cuánta suciedad. Ven, limpia. Limpia con tu misericordia, con tus palabras dulces; limpia con tus caricias».* Y si abrimos nuestro corazón a la misericordia de Jesús, para que limpie nuestro

corazón, nuestra alma, Jesús se fiará de nosotros.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Elevemos ahora nuestras súplicas al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que tiene palabras de vida eterna y cuida con ternura de cada uno de nosotros.

1. Por la Iglesia; para que a través de sus leyes e instituciones, se transparente siempre la ley nueva de Cristo.

Roguemos al Señor.

2. Por las vocaciones al ministerio sacerdotal; para que no falten jóvenes que se sientan llamados y estén dispuestos a seguir al Señor en este camino de servicio.

Roguemos al Señor.

3. Por los que hacen las leyes y los que urgen su cumplimiento; para que tengan siempre en cuenta los derechos de la persona, atentos no a intereses partidistas, sino al bien común y principalmente de los más débiles.

Roguemos al Señor.

4. Por los que sufren, víctimas de la injusticia para que Cristo crucificado dé sentido a su dolor y su grito sea atendido.

Roguemos al Señor.

5. Por nosotros, que caminamos hacia la Pascua; para que nuestro culto sea la expresión de nuestra muerte y resurrección en Cristo cada día de nuestra vida. **Roguemos al Señor.**

Señor, Dios nuestro, abre nuestros corazones a tus mandatos y haz que penetremos en la sabiduría de la cruz, para que, liberados del egoísmo lleguemos a ser aquel templo vivo en el que Tú deseas recibir nuestra adoración. Por Jesucristo nuestro Señor.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos (Se hace una breve pausa).

Alimentados ya en la tierra con el pan del cielo,
prenda de eterna salvación,
te suplicamos, Señor, que se haga realidad en nuestra vida
lo que hemos recibido en este sacramento.
Por Jesucristo nuestro Señor.
℟.Amén

Rito de conclusión pg. 18

IV DOMINGO DE CUARESMA

Monición de entrada y acto penitencial

El mismo asombro y el mismo gozo del pueblo que hizo su largar marcha por el desierto, cuando llegó a las aguas del río Jordán y pudo descubrir la tierra prometida, hemos de tener en este domingo al que, desde antaño, se le denomina domingo *"laetare"*; es decir: *"Festejad a Jerusalén, gozad con ella… alegraos de su alegría"*.

Por eso ahora, al comenzar la celebración eucarística, reconozcamos ante Dios todopoderoso aquello que hay de pecado en nosotros que nos impide saborear la alegría que en este domingo se nos anuncia como anticipo de la pascua.

Se hace un breve silencio. Luego se dice:

Yo confieso ante Dios Todopoderoso
y ante vosotros, hermanos, que he pecado mucho
de pensamiento, palabra, obra y omisión,
por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.

Por eso ruego a Santa María, siempre Virgen,
a los ángeles, a los santos y a vosotros, hermanos,
que intercedáis por mí ante Dios, nuestro Señor.

Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.
℟.Amén

Siguen las siguientes invocaciones.

Señor, ten piedad. ℟.**Señor, ten piedad.**
Cristo, ten piedad. ℟.**Cristo, ten piedad.**
Señor ten piedad. ℟.**Señor, ten piedad.**

No se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos

(Se hace una breve pausa)

Oh, Dios, que, por tu Verbo,
realizas de modo admirable
la reconciliación del género humano,
haz que el pueblo cristiano se apresure,
con fe gozosa y entrega diligente,
a celebrar las próximas fiestas pascuales.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo

que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

℟.Amén

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

El Evangelio de hoy nos vuelve a proponer las palabras que Jesús dirigió a Nicodemo: *«Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito»* (Jn 3, 16). Al escuchar estas palabras, dirijamos la mirada de nuestro corazón a Jesús Crucificado y sintamos dentro de nosotros que Dio nos ama, nos ama de verdad, y nos ama en gran medida. Esta es la expresión más sencilla que resume todo el Evangelio, toda la fe, toda la teología: Dios nos ama con amor gratuito y sin medida.

Así nos ama Dios y este amor Dios lo demuestra ante todo en la creación, como proclama la liturgia, en la Plegaria eucarística IV: *«A imagen tuya creaste al hombre y le encomendaste el universo entero, para que, sirviéndote sólo a ti, su Creador, dominara todo lo creado»*. En el origen del mundo está sólo el amor libre y gratuito del Padre. San Ireneo un santo de los primeros siglos escribe: *«Dios no creó a Adán*

porque tenía necesidad del hombre, sino para tener a alguien a quien donar sus beneficios» (*Adversus haereses, IV, 14, 1)*. Es así, el amor de Dios es así.

Continúa así la Plegaria eucarística IV: *«Y cuando por desobediencia perdió tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte, sino que, compadecido, tendiste la mano a todos»*. Vino con su misericordia. Como en la creación, también en las etapas sucesivas de la historia de la salvación destaca la gratuidad del amor de Dios: el Señor elige a su pueblo no porque se lo merezca, sino porque es el más pequeño entre todos los pueblos, como dice Él. Y cuando llega «la plenitud de los tiempos», a pesar de que los hombres en más de una ocasión quebrantaron la alianza, Dios, en lugar de abandonarlos, estrechó con ellos un vínculo nuevo, en la sangre de Jesús —el vínculo de la nueva y eterna alianza—, un vínculo que jamás nada lo podrá romper.

San Pablo nos recuerda: *«Dios, rico en misericordia, —nunca olvidarlo, es rico en misericordia— por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho revivir con Cristo»* (Ef 2, 4-5). La Cruz de Cristo es la prueba suprema de la misericordia y del amor de Dios por nosotros: Jesús nos amó *«hasta el extremo»* (Jn 13, 1), es decir, no sólo hasta el último instante de su vida terrena, sino hasta el límite extremo del amor. Si en

la creación el Padre nos dio la prueba de su inmenso amor dándonos la vida, en la pasión y en la muerte de su Hijo nos dio la prueba de las pruebas: vino a sufrir y morir por nosotros. Así de grande es la misericordia de Dios: Él nos ama, nos perdona; Dios perdona todo y Dios perdona siempre.

Que María, que es Madre de misericordia, nos ponga en el corazón la certeza de que somos amados por Dios; nos sea cercana en los momentos de dificultad y nos done los sentimientos de su Hijo, para que nuestro itinerario cuaresmal sea experiencia de perdón, acogida y caridad.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Sabiendo que Dios nuestro Padre escucha siempre las súplicas de los humildes y los sencillos, presentémosle confiadamente nuestras súplicas por medio de Jesucristo.

1. Por la Iglesia; para que se mantenga fiel a Cristo y transmita a todos los hombres su perdón y su misericordia.
Roguemos al Señor.
2. Por las vocaciones sacerdotales; para que el Señor que fue colgado de un madero suscite abundantes y santas vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada.

Roguemos al Señor.

3. Por la paz y el bien del mundo; para que el Señor, Dios de los cielos, reconcilie por Cristo a los pueblos enfrentados por el odio . **Roguemos al Señor.**

4. Por los pecadores; para que Dios, rico en misericordia, que nos ha hecho vivir por Cristo, le lleve a la luz para que se salven. **Roguemos al Señor.**

5. Por nosotros, salvados por la gracia y por la fe en Cristo Jesús; para que nos dediquemos a las buenas obras que Dios determino que practicásemos. **Roguemos al Señor.**

Dios bueno y fiel, que nunca dejas de llamar a los que se extravían para que se conviertan y vuelvan a ti , escucha nuestras oraciones y concédenos tu gracia, para que, renovados en el espíritu, podamos corresponder a los dones de tu amor. Por Jesucristo nuestro Señor.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

(Se hace una breve pausa)

Oh Dios, luz que alumbras a todo hombre
que viene a este mundo,
ilumina nuestros corazones con la claridad de tu gracia,
para que seamos capaces de pensar siempre,
y de amar con sinceridad,
lo que es digno y grato a tu grandeza.
Por Jesucristo nuestro Señor.

℟.Amén

Rito de conclusión pg. 18

V DOMINGO DE CUARESMA

Monición de entrada y acto penitencial.

La cercanía de la Semana Santa nos apremia a dar los últimos toque a nuestra preparación pascual. Con el salmo 42, pedimos, como un grito que saliera desde lo profundo de nuestra experiencia de desamparo. *"Hazme justicia… defiende mi causa… sálvame… Tú eres mi Dios y protector"*. Sabiendo que en Dios siempre encontraremos ayuda y protección, reconocemos nuestros pecados.

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:

Yo confieso ante Dios Todopoderoso
y ante vosotros, hermanos, que he pecado mucho
de pensamiento, palabra, obra y omisión,
por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.
Por eso ruego a Santa María, siempre Virgen,
a los ángeles, a los santos y a vosotros, hermanos,
que intercedáis por mí ante Dios, nuestro Señor.

Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

℟.Amén

Siguen las siguientes invocaciones.

Señor, ten piedad. ℟.**Señor, ten piedad.**

Cristo, ten piedad. ℟.**Cristo, ten piedad.**

Señor ten piedad. ℟.**Señor, ten piedad.**

No se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos

(Se hace una breve pausa)

Te pedimos, Señor Dios nuestro,
que, con tu ayuda,
avancemos animosamente
hacia aquel mismo amor
que movió a tu Hijo a entregarse a la muerte
por la salvación del mundo.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

℟.Amén

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

En este quinto domingo de Cuaresma, el evangelista Juan nos llama la atención con un particular curioso: algunos «griegos», de religión judía, llegados a Jerusalén para la fiesta de la Pascua, se dirigen al apóstol Felipe y le dicen: *«Queremos ver a Jesús»* (*Jn* 12, 21). En la ciudad santa, donde Jesús fue por última vez, hay mucha gente. Están los pequeños y los sencillos, que han acogido festivamente al profeta de Nazaret reconociendo en Él al Enviado del Señor. Están los sumos sacerdotes y los líderes del pueblo, que lo quieren eliminar porque lo consideran herético y peligroso. También hay personas, como esos «griegos», que tienen curiosidad por verlo y por saber más acerca de su persona y de las obras realizadas por Él, la última de las cuales —la resurrección de Lázaro— causó mucha sensación.

«Queremos ver a Jesús»: estas palabras, al igual que muchas otras en los Evangelios, van más allá del episodio particular y expresan algo *universal*; revelan *un deseo que atraviesa épocas y culturas*, un deseo presente en el corazón de muchas personas que han oído hablar de Cristo, pero no lo

han *encontrado* aún. *«Yo deseo ver a Jesús»*, así siente el corazón de esta gente.

Respondiendo indirectamente, de modo profético, a aquel pedido de poderlo ver, Jesús pronuncia una profecía que revela su identidad e indica el camino para conocerlo verdaderamente: «*Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre»* (*Jn* 12, 23). ¡Es *la hora de la Cruz*! Es la hora de la derrota de Satanás, príncipe del mal, y del triunfo definitivo del amor misericordioso de Dios. Cristo declara que será *«levantado sobre la tierra»* (v. 32), una expresión con doble significado: «levantado» en cuanto crucificado, y «levantado» porque fue exaltado por el Padre en la Resurrección, para atraer a todos hacia sí y reconciliar a los hombres con Dios y entre ellos. La hora de la Cruz, la más oscura de la historia, es también la fuente de salvación para todos los que creen en Él.

Continuando con la profecía sobre su Pascua ya inminente, Jesús usa una imagen sencilla y sugestiva, la del «*grano de trigo*» que, al caer en la tierra, muere para dar fruto (cf. v. 24). En esta imagen encontramos otro aspecto de la Cruz de Cristo: el de la *fecundidad*. La cruz de Cristo es fecunda. La muerte de Jesús, de hecho, es una fuente inagotable de vida nueva, porque lleva en sí la fuerza regeneradora del amor de Dios. Inmersos en este amor por el Bautismo, los

cristianos pueden convertirse en *«granos de trigo»* y dar mucho fruto si, al igual que Jesús, *«pierden la propia vida»* por amor a Dios y a los hermanos (cf. v. 25).

Por este motivo, a aquellos que también hoy «quieren ver a Jesús», a los que están en búsqueda del rostro de Dios; a quien recibió una catequesis cuando era pequeño y luego no la profundizó más y quizá ha perdido la fe; a muchos que aún no han encontrado a Jesús personalmente...; a todas estas personas podemos ofrecerles tres cosas: *el Evangelio; el Crucifijo* y *el testimonio* de nuestra fe, pobre pero sincera. El Evangelio: ahí podemos encontrar a Jesús, escucharlo, conocerlo. El Crucifijo: signo del amor de Jesús que se entregó por nosotros. Y luego, una fe que se traduce en gestos sencillos de caridad fraterna. Pero principalmente en la coherencia de vida: entre lo que decimos y lo que vivimos, coherencia entre nuestra fe y nuestra vida, entre nuestras palabras y nuestras acciones. Evangelio, Crucifijo y testimonio. Que la Virgen nos ayude a llevar estas tres cosas.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Elevemos ahora humildemente nuestras súplicas a Dios Padre por medio de su Hijo Jesucristo, que con su

muerte en la cruz ha sellado una alianza nueva y eterna.

1. Por todos los que formamos la Iglesia; para que los que quieren ver a Jesús puedan reconocerle en los que nos llamamos sus discípulos. **Roguemos al Señor.**

2. Por las vocaciones al ministerio ordenado; para que no falten en nuestra diócesis quienes entreguen su vida de por entero al anuncio del Evangelio. **Roguemos al Señor.**

3. Por los que gobiernan en el mundo; para que atendiendo y obedeciendo la ley escrita por Dios en sus corazones, renueven por dentro la sociedad. **Roguemos al Señor.**

4. Por todos los que sufren con Cristo crucificado; para que puedan descubrirle resucitado en el amor de los creyentes y se sientan fortalecidos en la prueba. **Roguemos al Señor.**

5. Por todos nosotros; para que mirando a Jesús crucificado comprendamos que sólo el que entrega su vida, a imitación de Cristo, la gana para siempre. **Roguemos al Señor.**

Te pedimos, Señor, que, a través e las pruebas de la vida, sepamos participar íntimamente de su pasión y, alcanzando la fecundidad del grano que muere, merezcamos ser reunidos, como cosecha buena, en los graneros de tu reino.

Por Jesucristo nuestro Señor.

℟.Amén

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

(Se hace una breve pausa)

Te pedimos, Dios todopoderoso,
que nos cuentes siempre entre los miembros de Cristo, cuyo Cuerpo y Sangre hemos recibido.
Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.
℟.Amén.

Rito de conclusión pg. 18

DOMINGO DE RAMOS EN LA PASIÓN DEL SEÑOR

Monición de entrada y acto penitencial.

Queridos hermanos: Desde el principio de la Cuaresma nos hemos venido preparando con la oración, y con obras de penitencia y de caridad para la celebración de las fiestas pascuales. Hoy, cercana ya la Noche Santa de Pascua, nos disponemos, con espíritu de fiesta, a inaugurar, en comunión con toda la Iglesia, la celebración anual de los misterios de la pasión y resurrección de nuestro Señor Jesucristo: la Semana Santa.

Lo hacemos desde nuestro condición de pecadores, no hemos sido fieles a nuestros compromisos bautismales de ahí que, al contemplar el rostro dolorido de Jesús, pedimos

perdón por nuestras culpas.

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:

Yo confieso ante Dios Todopoderoso
y ante vosotros, hermanos, que he pecado mucho
de pensamiento, palabra, obra y omisión,
por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.
Por eso ruego a Santa María, siempre Virgen,
a los ángeles, a los santos y a vosotros, hermanos,
que intercedáis por mí ante Dios, nuestro Señor.

Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

℟.Amén

Siguen las siguientes invocaciones.

Señor, ten piedad. ℟.**Señor, ten piedad.**

Cristo, ten piedad. ℟.**Cristo, ten piedad.**

Señor ten piedad. ℟.**Señor, ten piedad.**

No se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos

(Se hace una breve pausa)

Dios todopoderoso y eterno,
que hiciste que nuestro salvador se encarnase
y soportara la cruz
para que imitemos su ejemplo de humildad,
concédenos, propicio,
aprender las enseñanzas de su pasión
y participar de la resurrección gloriosa.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

℟.Amén

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

Jesús entra en Jerusalén. La liturgia nos invitó a hacernos partícipes y tomar parte de la alegría y fiesta del pueblo que es capaz de gritar y alabar a su Señor; alegría que se empaña y deja un sabor amargo y doloroso al terminar de escuchar el relato de la Pasión. Pareciera que en esta celebración se entrecruzan historias de alegría y sufrimiento, de

errores y aciertos que forman parte de nuestro vivir cotidiano como discípulos, ya que logra desnudar los sentimientos contradictorios que también hoy, hombres y mujeres de este tiempo, solemos tener: capaces de amar mucho… y también de odiar -y mucho-; capaces de entregas valerosas y también de saber «lavarnos las manos» en el momento oportuno; capaces de fidelidades pero también de grandes abandonos y traiciones.

Y se ve claro en todo el relato evangélico que la alegría que Jesús despierta es motivo de enojo e irritación en manos de algunos.

Esta alegría y alabanza resulta incómoda y se transforma en sinrazón escandalosa para aquellos que se consideran a sí mismos justos y «fieles» a la ley y a los preceptos rituales. Alegría insoportable para quienes han bloqueado la sensibilidad ante el dolor, el sufrimiento y la miseria. Alegría intolerable para quienes perdieron la memoria y se olvidaron de tantas oportunidades recibidas. ¡Qué difícil es comprender la alegría y la fiesta de la misericordia de Dios para quien quiere justificarse a sí mismo y acomodarse! ¡Qué difícil es poder compartir esta alegría para quienes solo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros!

Así nace el grito del que no le tiembla la voz para gri-

tar: *«¡Crucifícalo!»*. No es un grito espontáneo, sino el grito armado, producido, que se forma con el desprestigio, la calumnia, cuando se levanta falso testimonio. Es la voz de quien manipula la realidad y crea un relato a su conveniencia y no tiene problema en «manchar» a otros para acomodarse. El grito del que no tiene problema en buscar los medios para hacerse más fuerte y silenciar las voces disonantes. Es el grito que nace de «trucar» la realidad y pintarla de manera tal que termina desfigurando el rostro de Jesús y lo convierte en un *«malhechor»*. Es la voz del que quiere defender la propia posición desacreditando especialmente a quien no puede defenderse. Es el grito fabricado por la «tramoya» de la autosuficiencia, el orgullo y la soberbia que afirma sin problemas: «Crucifícalo, crucifícalo».

Y así se termina silenciando la fiesta del pueblo, derribando la esperanza, matando los sueños, suprimiendo la alegría; así se termina blindando el corazón, enfriando la caridad. Es el grito del «sálvate a ti mismo» que quiere adormecer la solidaridad, apagar los ideales, insensibilizar la mirada… el grito que quiere borrar la compasión.

Frente a todos estos titulares, el mejor antídoto es mirar la cruz de Cristo y dejarnos interpelar por su último grito. Cristo murió gritando su amor por cada uno de nosotros; por jóvenes y mayores, santos y pecadores, amor a los de su tiempo y a los de nuestro tiempo. En su cruz hemos sido

salvados para que nadie apague la alegría del evangelio; para que nadie, en la situación que se encuentre, quede lejos de la mirada misericordiosa del Padre. Mirar la cruz es dejarse interpelar en nuestras prioridades, opciones y acciones. Es dejar cuestionar nuestra sensibilidad ante el que está pasando o viviendo un momento de dificultad. ¿Qué mira nuestro corazón? ¿Jesucristo sigue siendo motivo de alegría y alabanza en nuestro corazón o nos avergüenzan sus prioridades hacia los pecadores, los últimos y olvidados?.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Con la mirada puesta en Jesús, nuestro Rey y Mesías, el Sumo sacerdote de la fe que profesamos, que en la cruz presentó con lágrimas en los ojos, oraciones y súplicas al Padre; presentemos nuestras plegarias por nosotros y por todos los hombres.

1. Por la Iglesia, que sufre en sus miembros y quiere hacer suyo el sufrimiento de toda la humanidad; para que sepa decir al abatido una palabra de aliento. **Roguemos al Señor.**

2. Por las vocaciones al ministerio sacerdotal; para que siempre haya en nuestras parroquias sacerdotes que hagan

presente el memorial de Cristo muerto y resucitado. **Roguemos al Señor.**

3. Por los que no conocen a Jesucristo; para que puedan llegar a sentir la alegría y la vida que Él nos da, fruto de su muerte y resurrección. **Roguemos al Señor.**

4. Por todos los que sufren por el hambre y guerra, la enfermedad o la soledad, la injusticia o la discriminación; para que experimenten la fuerza de Cristo, que sufre en la cruz, y la ayuda de los hermanos. **Roguemos al Señor.**

5. Por todos los que estamos aquí y nos disponemos a celebrar la Pascua del Señor. Para que esta Semana Santa aumente nuestra fe, nuestra esperanza y nuestra caridad.

Roguemos al Señor.

Dios todopoderoso y eterno, escucha las oraciones de tu pueblo y haz que podamos gozar de los frutos de la cruz gloriosa de Jesucristo.
Él que vive y reina por los siglos de los siglos.
℟.Amén

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

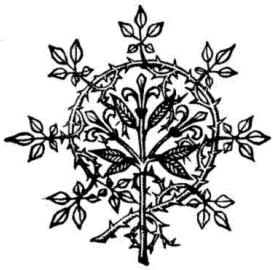
Oremos

(Se hace una breve pausa)

Saciados con los dones santos,
te pedimos, Señor, que,
así como nos has hecho esperar lo que creemos
por la muerte de tu Hijo,
podamos alcanzar,
por su resurrección,
la plena posesión de lo que anhelamos. Por Jesucristo,
nuestro Señor.

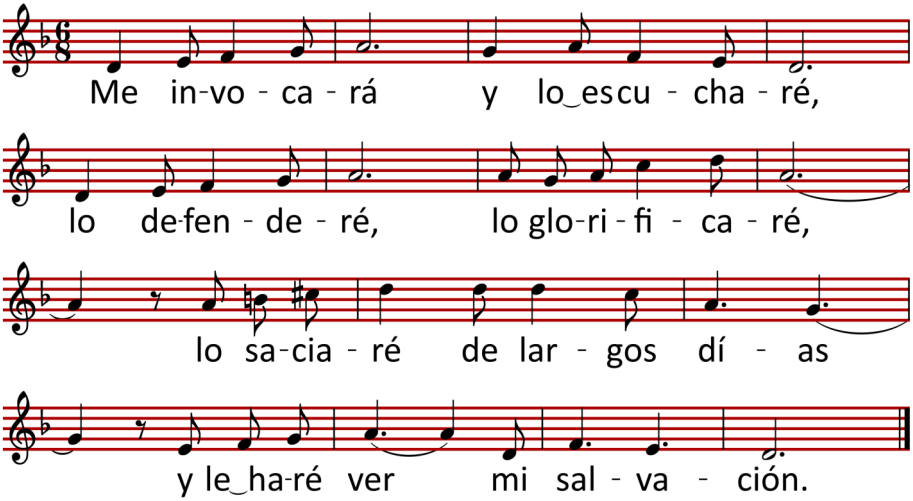
℟.Amén

Rito de conclusión pg. 18



CANTOS PARA LA CELEBRACIÓN-CUARESMA

Canto de entrada

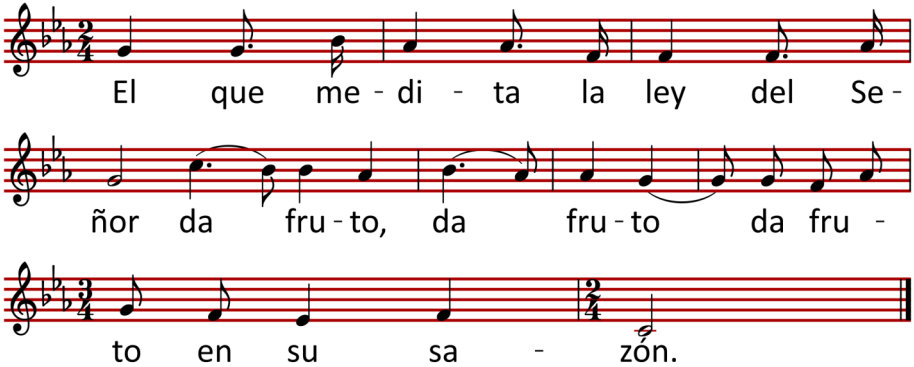


Nos has llamado al desierto CLN 126

Perdónanos nuestras culpas CLN 115

Perdona a tu pueblo (popular)

Canto de comunión



Dichoso el hombre que su gozo es la ley del Señor,
y medita su ley día y noche. ℟

Será como un árbol plantado al borde de la acequia:
da fruto a su tiempo y cuanto emprende tiene buen fin. ℟

No así los impíos, no así; * serán paja que arrebata el viento. ℟

En el juicio los impíos no se levantarán,
ni los pecadores en la asamblea de los justos; ℟

porque el Señor protege el camino de los justos,
pero el camino de los impíos acaba mal. ℟

También

Dios es fiel CLN 117

A ti levanto mis ojos CLN 526

Sí, me levantaré CLN 107

Delegación episcopal de liturgia

ARZOBISPADO OVIEDO